

APORTE DESDE LA NEUROCIENCIA A LA PEDAGOGÍA DE LA AFECTIVIDAD Y DE LA SEXUALIDAD.

Genara Castillo Córdova.

Resumen

La ponencia parte de los problemas que han generado el dualismo y el materialismo o fisicalismo actualmente imperantes. Para afrontarlos se acude a la misma constitución de la vida humana como una actividad hilo-ergo-mórfico-télica que supera el mecanicismo materialista que reduce la vida humana a relaciones hilo-érgicas (materia y movimiento). Desde el arranque la vida humana está engarzada en la dignidad de la persona humana, desde la cual se activa su dinámica. Al hilo de algunos de los aportes de la neurociencia se sugieren aspectos a tener en cuenta para un enfoque aún más profundo en las consultas con el fin de favorecer mejores relaciones interpersonales e inter familiares.

1. Planteamiento antropológico de la unidad de la vida humana

Como es sabido, la vida familiar reposa en la vida matrimonial, la cual tiene el desafío de integrar lo corpóreo-material con lo psicológico-espiritual cuyo culmen está en la persona que cada quien es. Sin embargo, esa tarea de integración se ha visto bastante dificultada por los problemas que en la modernidad ha generado el dualismo –diferente a la dualidad– que ha llevado a verlos irremediabilmente separados, con lo cual se ha derivado frecuentemente en el materialismo, biologicismo y fisicalismo¹, así como también a espiritualismos desencarnados².

Para afrontar los distintos tipos de reduccionismos se precisa acudir a la misma constitución de la vida humana, y partir de sus principios constitutivos. De esta manera es posible ver con Aristóteles la naturaleza del viviente humano como una actividad que reúne 4 principios o causas que se dan a la vez: la causa material (*hylé*), la causa formal (*morfé*), la causa eficiente (*ergon*) y la causa final (*telos*). La primera alude a los elementos corpóreos y las otras tres al alma humana³.

1 Respecto del determinismo físico afirman J. M. Giménez Amaya y J. I. Murillo: “en él convergen de manera inmediata todas las variantes del materialismo, desde el atomismo antiguo hasta el más escrupuloso monismo materialista, y, especialmente en nuestros días, los que piensan que la identidad de cada hombre coincide con la materialidad de su cerebro” SCRIPTA THEOLOGICA 41 (2009/1) 20

2 De este sesgo en la visión del ser humano se han valido precisamente los que defienden el enfoque materialista, ya que, evidentemente, el ser humano no se reduce a sólo lo espiritual. Sin embargo, esa apreciación no corresponde a la Doctrina de la Iglesia católica. Al respecto, es significativo que desde hace mucho tiempo en Medicina pastoral se tenga en cuenta la unidad de cuerpo y alma espiritual: “En efecto, la Medicina Pastoral no debe ocuparse tan sólo de un hombre ideal, desencarnado e inerte. No lo debería hacer en realidad ninguna ciencia verdaderamente humana” SORIA, José Luis, Cuestiones de Medicina Pastoral, Rialp, Madrid, 1973, p. 117

3 “La psyché es causa por igual según las tres acepciones definidas: ella es, en efecto, causa en cuanto principio del movimiento mismo, en cuanto fin y en cuanto forma de los cuerpos inanimados” ARISTÓTELES, Acerca del alma, 415b 9-12. En el alma las tres causas o principios constituyentes son importantes, pero cabe resaltar especialmente la de la forma: “En cuanto el alma es una forma, eidos, que especifica al viviente, lo dota de un “contenido”, de unas características y leyes propias. De ahí que el alma sea también la causa de la diferencialidad de su actividad, debido a que es un cierto eidos, una cierta especie, por ello es fundamento de la naturaleza tan diferenciada de cada una de sus operaciones” CASTILLO, G., Antropología del cuerpo, pro manuscrito, p. 35

Genara Castillo Córdova. Dra. en Filosofía por la Universidad de Navarra. Licenciada en Ciencias de la Educación por la Universidad de Piura. Profesora principal en la Universidad de Piura. Sedes Piura y Lima, Perú.
[Genara.castillo@udep.pe]

Y como la visión aristotélica fue completada por Tomás de Aquino veremos que la dignidad radical del viviente humano está en su dimensión creatural, ya que cada ser humano es puesto en la existencia gracias a un acto de ser personal otorgado por Dios.

Así, el alma humana no es –como pretende el dualismo cartesiano– una parte del ser humano (*res cogitans*), separada de lo material (*res extensa*); ni la vida humana es un simple movimiento de lo material que es lo que sostienen los mecanicistas-materialistas que reducen la vida humana a relaciones hilo-érgicas (materia y movimiento). La forma o especie humana –aunque a algunos les cueste aceptar– está presente y tiene unas características propias como es la capacidad de pensar y querer que hay que tener en cuenta, porque el hombre no es un animal sofisticado. Asimismo la causa final lleva adelante una exigencia propia del viviente humano que es la de crecimiento, en una retroalimentación o hiper formalización constante en que captamos “formas” no sólo en los nutrientes sino además en las imágenes, ideas, etc. que pasan a formar parte de nuestra vida. Así, a la vida “recibida” –en la que tienen un gran papel los padres– le sigue la vida “añadida” que en sus niveles más altos involucran la inteligencia y voluntad, con un crecimiento irrestricto.

Toda esa vida humana está engarzada en la persona⁴ que dispone de sus diferentes condicionamientos, biológicos, psicológicos, sociológicos, etc., para dirigirla o entregarla trascendentemente a unos destinatarios personales que en primer lugar son divinos y secundariamente humanos. En este último ámbito se encuentra el amor humano que es personal, especialmente el que se desarrolla a través del matrimonio cuyo crecimiento personal redunda en el de los hijos.

Nos parece que una manera de abordarlo puede ser el de las investigaciones científicas para ver ahí el mandato de la propia naturaleza humana, de los recursos que se pueden encontrar y que puedan ser una contribución para la vida matrimonial y por ende a la familiar. Por ello hemos recurrido a algunos aportes neurocientíficos para tratar de hacer un desarrollo interdisciplinar del asunto, tratando de tejer la biología, con la psicología y la antropología filosófica. Esta explicación puede sugerir aspectos a tener en cuenta en las consultas con el fin de favorecer mejores relaciones interpersonales e inter familiares. En esta línea está la concepción de la unidad humana tanto en lo que toca a la concepción y vida humana, como al significado unitivo y procreativo del acto conyugal, la castidad y la paternidad responsable, es decir la unidad o integridad que proporciona la virtud y la libre donación o amor personal.

2. Aportes de la neurociencia a la pedagogía de la afectividad y sexualidad

En la vida matrimonial se precisa ver las relaciones de los cónyuges en su naturaleza básica, como relaciones específicas, complementarias y recíprocas. Como ha recordado Benedicto XVI “La relación hombre-mujer en su respectiva especificidad, reciprocidad y complementariedad constituye sin duda alguna un punto central de la «cuestión antropológica», tan decisiva para la cultura contemporánea y en definitiva para toda cultura”⁵.

Así, partiremos de lo que es específico, de lo que es propio, característico o diferencial de las relaciones de los esposos y lo que primero aparece es que se trata de unas relaciones que involucran la sexualidad humana. Es lo que nos lleva a ver las diferencias entre varón y mujer llamadas a la reciprocidad y complementariedad.

4 La persona o acto de ser personal creado es la que integra a la vida humana y puede disponer de ella. Para estudiar al ser humano se requiere un planteamiento sistémico capaz de articular u organizar las diferentes dualidades (no dualismos) existentes en el ser humano: “Por ejemplo, acto de ser y esencia; cuerpo y alma; voluntad e inteligencia; interioridad y exterioridad, operación y objeto, hábito y operación, hábitos innatos y hábitos adquiridos, sociedad e individuo, hombre y mujer...” POLO, L., Antropología Trascendental I, EUNSA, Pamplona, p. 164

5 BENEDICTO XVI, “Discurso a Congreso Internacional para conmemorar el XX aniversario de la carta apostólica *Mulieris Dignitatem*” 9 de febrero, 2008.

a. Los tipos humanos varón y mujer. Enfoque neurológico, psicológico y antropológico

Como se sabe, la especie humana no se manifiesta de manera igual en todos los seres humanos. Existen diversos modos de ser humanos. Es lo que en antropología se denominan TIPOS humanos, que son modalidades de la especie humana. Los tipos humanos básicos son varón y mujer, si bien también existen otras diferencias tipológicas, como por ejemplo, diferentes tipos de temperamento, tipos ocupacionales, profesionales, etc.

Esas diferencias atienden a la colaboración mutua, y no conllevan superioridad ni inferioridad. Así por ejemplo, el tipo humano técnico no puede creer que es superior por su facilidad para dedicarse a esos asuntos, tampoco el tipo humano intelectual o el artista o el deportista es superior a otros. No hay superioridad en los tipos humanos, porque como sostiene Tomás de Aquino, el otro siempre nos supera en algo. En este sentido va la recomendación paulina de “honraos unos a otros”. Ese reconocimiento de las diferencias y el respeto hacen posible la colaboración mutua y es la base de la sociedad, ya que lo que al uno le falta al otro le sobra y por tanto es posible intercambiar, colaborar.

Igualmente, en el varón y la mujer no hay superioridad típica, sino que las diferencias están en la línea de la colaboración mutua en la sociedad y como la célula de la sociedad es la familia, ese aporte tipológico encuentra ahí un ámbito de colaboración y complementación esencial. En el varón y la mujer las diferencias parten de su dimensión corpórea y como en el cuerpo humano es fundamental el sistema nervioso, ya que va muy relacionado con los sistemas endocrino, circulatorio, etc., acudiremos a la neurociencia para considerar y aprovechar algunos de esos aportes para la vida matrimonial y familiar.

En este campo, lo primero que nos dice la neurología es que existe un dimorfismo que atañe principalmente al cerebro humano. El dimorfismo es una condición de las especies vivas que presentan dos formas o dos aspectos anatómicos diferentes; y sucede que las diferencias genéticas (XY o XX) generan diferencias en el cerebro humano. Así, se nace con un cerebro que está configurado de una manera distinta, a nivel estructural, genéticamente, porque las células del cerebro, como las de todo el organismo, tienen diferente dotación genética: XX en las mujeres y XY en los varones.

Según Natalia López Moratalla, esta diferencia neurológica se produce en tres momentos principales⁶: En la etapa prenatal se genera la estructura general dimórfica. Desde el inicio no existe un cerebro “neutro”, sino que depende de los cromosomas parentales que son XX y XY. En el desarrollo embrionario no se construyen igual el cerebro de la mujer y el del varón. No existe un cerebro unisex. Nacemos ya con la estructura de un cerebro típicamente masculino o típicamente femenino⁷.

La segunda etapa se da en los primeros años de vida en los que se produce un “baño” del cerebro en hormonas sexuales. Éstas al igual que las otras hormonas son sustancias secretadas por células especializadas cuyo fin es actuar sobre otras células: son activadoras o estimuladoras. De ahí que es muy importante la presencia de la madre y del padre en estos momentos, ya que aportan cada uno su dotación tipológica, como por ejemplo la sensibilidad y la inicial presencia de la lógica y racionalidad, equilibrando cada una de ellas dependiendo de cada niño o niña y las diferentes situaciones de la vida familiar.

Posteriormente, en la pubertad se producen grandes cambios hormonales que reafirman el cableado cerebral lineal en el varón, y cíclico en la mujer. Este momento es especialmente delicado porque a la identidad sexual biológica se une la identidad psicológica de lo cual es más consciente el adolescente. De ahí que se ha dicho que la comunicación del padre con el hijo varón es muy necesaria, igualmente la de la madre respecto de su hija. Sin embargo, también aquí se requiere de la presencia de ambos,

⁶ Cfr. LÓPEZ MORATALLA, Natalia, *Cerebro de mujer y cerebro de varón*, Madrid, Rialp, 2007, p. 21 y ss.

⁷ Cfr. Miner, Rafael-Gil, Miguel, entrevista a Natalia López Moratalla, “Cerebro típicamente femenino y cerebro típicamente masculino”, ALBA.

ya que como veremos después el cableado lineal del varón y cíclico de la mujer deben equilibrarse adecuadamente; de lo contrario ellos se pueden hacer demasiado “lineales” o directos y ellas demasiado susceptibles o complicadas. Así, se puede ver que desde el inicio la identidad masculina o femenina viene ayudada por la unión y presencia de ambos padres.

Por otra parte, las áreas del cerebro humano que tienen una gran concentración de receptores hormonales son las más dimórficas, debido a que las hormonas ejercen su función diferencial en el cerebro del varón y de la mujer. Así, respecto al sistema límbico, encargado de regular las emociones, señala López Moratalla que en las mujeres son mayores la *ínsula*, que procesa los sentimientos viscerales, el *hipotálamo*, que organiza las hormonas; el *hipocampo*, que guarda memoria de las emociones por más tiempo y la *glándula pituitaria*, que produce las hormonas de la fertilidad y pone en marcha el programa del cerebro maternal mediante la producción de hormonas.

En cambio, en los varones es mayor la *amígdala*, que procesa los instintos y es gobernada por la corteza prefrontal. La amígdala contribuye a las respuestas emocionales rápidas y automáticas e independientes de cualquier contexto⁸. Esto ayuda a entender por qué ellos pueden tener a veces una respuesta emocional rápida pero pasajera, y ellas una mayor continuidad de sentimientos.

También existen diferencias anatómicas de zonas de la corteza cerebral, ya que “en los varones, la parte de la *corteza parietal* implicada en la percepción del espacio es mayor que en las mujeres. Por el contrario, ellas poseen una mayor densidad de neuronas en las zonas de la corteza del *lóbulo temporal*, asociado con el procesamiento y la comprensión del lenguaje⁹. Esto contribuye a entender el que en las mujeres es mayor la fluidez verbal, y tienen una inclinación a hablar y expresarse.

En suma, de acuerdo con Natalia López Moratalla, la diferencia natural en la dotación cromosómica, que determina el sexo en las funciones ligadas a la transmisión de la vida, mediada por la producción de las hormonas sexuales, causa de forma natural un cerebro femenino o masculino con las diferencias funcionales que subyacen a dos modos humanos de ser, de percibir la realidad, de relacionarse con los demás, de razonar y procesar las emociones. Dos formas de ser que hunden las raíces en la diversa relación natural de ambos con la vida naciente.

b. Capacidad relacional del cerebro femenino

Como hemos señalado en el apartado anterior, el cableado del cerebro femenino es cíclico, es decir que tiene la característica que avanza no separando sino integrando, lo cual se podría representar por una espiral. En este sentido se podría decir que la mujer es más reunitiva, lo cual tiene ventajas y también algunos riesgos.

Cabe preguntarse el por qué sea así. La razón que encontramos es que aquello se corresponde con la tarea de la maternidad física y espiritual, la cual atiende al cuidado del ser humano, empezando por el esposo y los hijos. Atender a un ser humano requiere esa complejidad.

Desde la neurociencia es posible ver que –en principio– el cerebro femenino y el masculino tienen estrategias de funcionamiento diferentes. El cerebro femenino tiene más apretadas las conexiones; los dos hemisferios son muy similares, con una distribución de tareas bastante uniforme, y comunica muy bien de un lado a otro.

Esto es lo que les da a ellas esa capacidad más reunitiva y más capaz de tener una empatía, un conocimiento más intuitivo de la realidad, menos lógico o racionalizado –esto no quiere decir que no razone–. Esa capacidad reunitiva, relacional, de su tipo está muy engarzada, muy unida, con su ser

⁸ Cfr. LÓPEZ MORATALLA, Natalia, *Cerebro de mujer y cerebro de varón*, op. cit.

⁹ *Ibidem*, p. 69

personal y con el de los demás. Ella es capaz de captar muchas cosas porque va dirigida a centrarse en la atención de las personas.

Por ejemplo, cuando un niño llega de la escuela a su casa, es frecuente que entre buscando o llamando a su madre. Al escucharle, ella es capaz de captar en la voz del niño cómo le ha ido. Si su voz es como si algo se rompiera por dentro, la madre enseguida relaciona esa voz con la escuela, el salón de clase, las tareas, el profesor, el recreo, los compañeros, etc., en milésimas de segundos.

Lo mismo le sucede con su esposo; suele llamar la atención que una señora pueda distinguir que quien entra a la casa es su esposo por la forma cómo suena la llave en la cerradura de la puerta, o que identifique que es él sólo por los pasos y pueda intuir cómo le ha ido en el día. Igualmente es sorprendente que la primera en darse cuenta que su esposo está dejando de quererla sea precisamente ella, en su ser más profundo lo sabe.

En segundo lugar, esa tipología femenina aporta al ambiente de hogar que requiere de esa secuencia relacional. Por ejemplo, la decoración de la casa que le lleva a relacionar el color de las cortinas con el color de las paredes y el tapiz de los muebles. De modo parecido ocurre con hacer la compra de la semana, la preparación de los alimentos y el poner una mesa. De ahí que cuando en una casa falta una mano femenina esto se nota. Es diferente tener una casa y tener un hogar.

Pero no hay que olvidar que el núcleo de esa actividad son las personas, especialmente la de su esposo y la de sus hijos. En general, la mujer tiene más capacidad de centrar su atención en las personas concretas. Es lo que llevaba al Papa Juan Pablo II a escribir: “Te doy gracias, *mujer*, ¡por el hecho mismo de ser *mujer*! Con la intuición propia de tu femineidad enriqueces la comprensión del mundo y contribuyes a la plena verdad de las relaciones humanas”¹⁰.

Esta capacidad relacional se extiende a la capacidad de darse cuenta de los detalles. Es muy fácil que una madre pueda captar el brillo de una mirada, o un silencio, de los hijos. Por eso es ella la que muchas veces advierte al padre de que a alguno de sus hijos, “algo le pasa”. Los padres sí se dan cuenta de un rostro triste, pero no de la misma manera que una madre, ya que ella cuenta con una mayor capacidad relacional que al sumarse a su capacidad de empatía o sensibilidad, es capaz de mirar agudamente a las personas, ya sea en el aspecto físico, anímico o espiritual.

Por eso mismo, la madre es la guardiana de la vida humana, su relación con el hijo es muy intensa, ya que lo considera intuitiva y profundamente como una persona independiente de ella, a quien ofrece todos sus cuidados. Por ello, cuando tiene la inmensa desgracia de abortar eso la afecta radicalmente, tanto física, como emocional, como personalmente, debido a que rompe ese vínculo de apego que tiene bases incluso neurológicas. En ese marco se encuadran muchas de las depresiones femeninas.

La tarea que comporta ser madre exige la dotación biológica que posee. Así, si su cerebro no estuviera dispuesto de esa manera la misma crianza de los hijos le sería muy difícil. Por ejemplo, una madre es capaz de distinguir si el llanto de su bebé es por hambre, por sueño o porque le duele algo. Asimismo, una madre puede hacer varias cosas a la vez, por ejemplo, estar preparando los alimentos, esperar que salte el botón de la lavadora, hacer la lista de la compra en la mesa, oír las noticias y con el rabillo del ojo vigilar al hijo pequeño que está en el andador. Para un padre hacer todo eso a la vez le pondría muy nervioso, lo que le va mejor es hacer una cosa, terminada la cual empieza la segunda, etc., ya que su cerebro sigue una estrategia más lineal.

¹⁰ JUAN PABLO II, Carta a las mujeres, 29 de junio de 1995

c. La fluidez verbal de ellas y los silencios de ellos

La fluidez verbal femenina que está engarzada en su ser personal le lleva a valorar mucho la comunicación verbal. A eso se suma su inclinación a centrarse en las personas, partiendo de ella misma, lo cual le lleva también a darle mucha importancia al hecho de ser escuchada. Por eso una de las quejas frecuentes de una señora a su esposo es que no la escucha. Él puede pensar que sí la escucha porque atiende al contenido de lo que le dice, pero ella está reclamando que la atienda a ella.

Por eso también es de mucha ayuda para el esposo entender que en el lenguaje femenino hay como un “doble” lenguaje: una cosa es lo que dice y otra lo que quiere decir con lo que dice. Esto suele desconcertar al esposo porque la manera de funcionar del varón, tal como hemos señalado, es lineal, es directa, por lo que a veces puede decir que no hay quien entienda a las mujeres. A este entendimiento contribuye considerar estas características tipológicas que tienen base neurológica.

Por otra parte, ayuda a evitar malos entendidos, ya que una señora puede pensar que si insinúa – indirectamente– que está muy ocupada, su esposo va a entender que le está pidiendo ayuda, pero es mejor si ella se lo pide de manera directa. De lo contrario hasta puede que ella se sienta ofendida y cuando él le pregunte qué le pasa, ella decirle sorprendida “y todavía me lo preguntas”, pero es que ella lo está juzgando desde su modo de ser y no desde él que suele ser más directo cuando necesita algo o que considera que no es necesario describir sus pensamientos o sentimientos por el sólo hecho de hacerlo, por lo que puede guardar silencio.

Así, el cerebro de la mujer, tiene una capacidad de empatía, de entender emociones, de entender por gestos más que por conceptos, por intuición. Sin embargo, esto también la debería poner en alerta porque puede complicarse demasiado. Por ejemplo, una mujer puede complicarse extraordinariamente si no controla y disciplina su imaginación, ya que puede tejer historias que poco o nada tienen que ver con la realidad.

d. Capacidad del cerebro masculino para la objetivación

Desde la neurología también podemos contar con un tercer aporte y es que el cerebro de varón es más asimétrico y como en el caso del cerebro femenino esto tiene ventajas y riesgos también. El cerebro masculino tiene las funciones bien definidas en cada lado o hemisferio, y además, la comunicación entre los dos es menos fuerte. Esto le permite “separar” más y ser más objetivo

También cabe preguntarse por qué esto es así. La explicación que se puede encontrar es que al objetivar la psicología masculina tiene más posibilidades de dominar el mundo. Ese dominio técnico sobre las cosas le posibilita la función de proveer, de proyectar, de crear y llevar adelante una empresa ardua como es la familia.

La objetivación le lleva a cosificar que es el secreto de la eficacia, saber disponer medios para obtener resultados de envergadura. El dominio técnico del mundo está encargado a la mujer y al varón, por lo que ambos tienen la posibilidad de realizarlo, pero de los dos él tiene más capacidad de cosificar, de separar y de gestionar los procesos. Es un asunto de grados en la inclinación tipológica, pero no significa que la otra persona no la posea. Es lo que sucede con la capacidad reunitiva y personal de las mujeres, que no significa que los varones no la tengan, es sólo que ellas la tienen con más facilidad.

Es preciso que la esposa entienda bien este rasgo de la psicología masculina, ya que al objetivar va unida la tendencia a dominar, por lo cual él valora mucho los resultados. Una señora no puede extrañarse de que su esposo valore tanto el éxito y consecuentemente busque el reconocimiento en su trabajo, lo que tiene que hacer es ayudarlo a no exagerar esa tendencia; pero no debe llevarla a criticarlo, más todavía, para un señor es necesario el reconocimiento por parte de su esposa.

Si no encuentra en ella el reconocimiento, él puede sentirse muy frustrado. De ahí que para una señora cualquier logro de su esposo, por pequeño que sea, debe ser reconocido. Es verdad que él puede pasarse al extremo, pero entonces debe contar con la ayuda de su esposa para encauzar ese afán por el logro ya que de lo contrario puede caer en una sobrevaloración de los resultados externos, de los hechos, y eso puede desequilibrarle profundamente, ya que al objetivar se descentra, al descentrarse se proyecta fuera de sí mismo y el riesgo es que se obsesione con aquello.

Pero insistimos que esa ayuda no supone machacar o despreciar esos resultados o logros (ya que a veces se trata de “arreglar” las cosas criticándolas). Hay que saber que el reconocimiento bien enfocado tiene su lugar y una señora tendría que empezar por reconocer los logros de su esposo para después ayudarle a abrirse a horizontes más abarcativos. En los clásicos de la literatura aparece este tema, ya que representan bastante bien la condición humana. Por ejemplo, en el poema épico griego *La Odisea*, después de la Guerra de Troya, Ulises pasa una decena de años para volver a su casa, y todas sus acciones, su lucha y miles de peripecias están encaminadas a ese logro, pero aquello no hubiera sido realmente tal si al llegar a su casa su esposa no lo hubiera reconocido.

Es verdad que el mayor reconocimiento hay que esperarlo de Dios, que es quien da el sentido más profundo a la existencia humana, pero precisamente en el matrimonio el camino al Cielo incluye la persona del cónyuge y su ayuda. No vamos a entrar en este corto espacio a tratar la trascendencia del matrimonio cristiano, cuya maravilla se inserta en la dimensión sobrenatural, de alcance insospechado, sólo la dejamos señalada porque merece ser tratada en una ponencia especial.

Por otra parte, la secuencia lineal que sigue el cerebro masculino puede llevarle a separar excesivamente y a tener compartimentos estancos, porque para él una cosa es su familia, otra su esposa, otra su trabajo, otra sus amigos, etc., de manera que si se descuida puede caer en fuertes incoherencias. Por ejemplo, es lo que sucede con la infidelidad masculina. Con todo aquello aunque afecta al esposo como a cualquier persona, no le afecta de la misma manera que a la mujer, ya que ésta al tener todo relacionado se “daña” más. Esto no quiere decir que él no se dañe, evidentemente sí se deteriora en sus facultades humanas y afecta su ser personal, lo cual es una gran pérdida; pero no lo daña tanto como a una mujer que está intensamente relacionada con las demás personas y con su mismo ser personal.

El riesgo de “salir” fuera de sí y el activismo en él puede ser contraproducente. De ahí que un varón precavido recurra al recogimiento (no sólo en su aspecto espiritual), sino como silencio y reflexión, lo cual es una práctica bastante recomendable para todos pero especialmente para ellos. Un profesor visitante de esta universidad, Don Juan Antonio Pérez López solía decirles a los hombres de empresa que en vista de que estaban en medio de muchas actividades dedicaran un tiempo a pensar a evaluar sus propias acciones, su alcance y sentido, por lo menos durante los fines de semana.

En este sentido y en quinto lugar, cabe un aporte relacionado con esa capacidad de cosificar de la tipología masculina, que hay que vigilar, ya que si se descuida puede cosificar a las personas, y desde luego a la mujer misma. Ser consciente de este riesgo debe llevarle a tratar de estar atento para diferenciar cuándo trata con cosas y cuándo con personas.

Es claro que un hombre puede cosificar a la mujer, tratándola sólo como un objeto sexual, lo cual daña a los dos, pero especialmente a la mujer. Evidentemente cabe una pedagogía mutua del ser masculino y del ser femenino, la cual es necesaria en la vida conyugal. Esto debe llevar a las esposas a evitar sentirse heridas por la brusquedad que a veces puede darse en sus esposos y al contrario ayudarle a reconducir su conducta con la finura y delicadeza que son tan importantes para ellas.

En esta línea está el ayudarle a descubrir todo un mundo de detalles ya que ellos de entrada puede ser que se les pase por alto. Al ser más visuales ellos focalizan su atención en el conjunto y no tanto en los

detalles que son importantes en la vida conyugal. Como ya señalamos, el lenguaje y lo auditivo es un ámbito con el que ellas se familiarizan más que ellos. Así, puede ser que un esposo no entienda por qué tiene que decirle varias veces a su esposa que la quiere, porque para ellos eso es una “redundancia”, y dan por supuesto que ella ya lo sabe y no lo necesita oír, pero su cerebro tiene una capacidad más auditiva y necesita de esas palabras. Igualmente una rosa para él puede ser una cursilería injustificada, puede no entender la importancia de una rosa porque la cosifica, la ve como una cosa sin más, pero a través de ese detalle su esposa capta una serie de significados que quizá él no ve fácilmente.

En sexto lugar, a partir de las diferencias tipológicas cabe una pedagogía masculina, ya que es importante que ayude a su esposa a no complicarse excesiva o inútilmente, con cosas sin importancia que no hacen más que “calentarle” la cabeza. Cuando eso sucede en ella qué bueno es que cuente con la cabeza “fría”, objetiva de su esposo. De la misma manera él puede ayudarle a no darle demasiada importancia a los detalles sin importancia, ya que la susceptibilidad femenina puede jugar en contra de la relación matrimonial.

A su vez, ellas pueden ayudarle a su cónyuge a manifestar más y mejor lo que le sucede y a darle más importancia a las relaciones interpersonales, por ejemplo a través de la comunicación y el contarle sus proyectos y también sus dificultades, ya que ellos al centrar su atención en eso pueden enajenarse y aislarse demasiado. Entonces esos asuntos copan su foco de atención en un 99 y en el 1% queda su esposa, sus hijos, etc. Cuando eso suceda su esposa puede ayudarle a que sea consciente de ese recorte y que tenga mayor apertura hacia los miembros de su familia.

e. Reciprocidad y complementariedad en el amor conyugal y familiar

Como se puede ver, lo anterior va en la línea de ayudar a los cónyuges a que se conozcan también en su diversidad tipológica y así estén en condiciones de brindarse una ayuda mutua y una entrega más generosa, que es lo que subrayaremos a continuación, ya que la vida matrimonial va muy unida a la vida familiar. En otras palabras la base de la paternidad y maternidad está en su vida conyugal, de lo que arranca todo, de manera que para ser buen padre o buena madre se precisa ser buen cónyuge.

La base de la vida familiar es el amor de los cónyuges. Como ya hemos visto, esa reciprocidad en el amor tiene en cuenta la complementariedad de ambos cónyuges. El amor personal es clave en la vida de cada uno de los cónyuges, pero hay que tener en cuenta que si la mujer está muy inclinada a las personas, entonces valorará mucho más intensamente el amor personal.

El desamor daña a los dos, pero la mujer es mucho más vulnerable. Evidentemente el cónyuge varón valora el amor pero esto va direccionado en el plano de la acción –y el correspondiente éxito y reconocimiento– y no tanto de los sentimientos. De ahí que parte importante de la vulnerabilidad masculina esté en el temor al fracaso, mientras que para el miedo más grande de una mujer es no ser querida. Por tanto, una señora no ayuda a su esposo a ser buen padre si le hace sentir un perdedor, si cada vez que se equivoca le sanciona con la crítica y el reproche. Ese desvalimiento no sólo tiene efectos en la relación de ambos cónyuges sino en la relación con los hijos. A su vez, una mujer no querida es muy perjudicial, la llena de profunda tristeza cuando no de amargura, lo cual le afecta no solamente a ella ya que eso es lo que va a transmitir a sus hijos.

Es importante no desligar la conyugalidad de la maternidad y paternidad, ya que se trata de aportes complementarios. Como ya hemos señalado los hijos necesitan tanto de uno y de otro, de la acogida materna como de la objetividad paterna. Por tanto es importante que ellos estén bien atendidos para poder aportar a la educación y al cuidado de los hijos.

Se trata de una comunión interpersonal que arranca desde la misma vida matrimonial. Siendo ésta una de las sendas en que se puede encauzar la plenitud de la vida humana que se cifra en ser un “don” para

otro(s). Uno de los caminos del amor humano es el matrimonio: “En la «unidad de los dos» el hombre y la mujer son llamados desde su origen no sólo a existir «uno al lado del otro», o simplemente «juntos», sino que son llamados también *a existir recíprocamente*, «*el uno para el otro*»¹¹. Evidentemente, las relaciones de dominio o de egoísmo individualista, son contrarias a las del amor y entrega sincera de sí mismos, por lo que rompen la comunión interpersonal y afectan a la dignidad personal del varón y de la mujer; pero eso también afecta a la relación y educación de los hijos.

En cambio, cuando la vida de los cónyuges está fundamentada en las relaciones de amor se abre a la vida de los hijos; por ello si bien dichas relaciones tienen base biológica están subordinadas a la inteligencia y a la voluntad libre de cada quien. Al respecto, es significativo cómo la manifestación específica del amor personal sexuado si bien tiene en cuenta el ciclo biológico de fertilidad femenina, no está determinado por él, sino que requiere una decisión libre dentro de ese marco del amor conyugal, de la entrega sincera de sí mismo.

Todo el ámbito emocional de la vida conyugal debe estar impregnado de esa dirección inteligente y generosa, que no cede fácil y ciegamente a los impulsos, sino que exige la práctica de muchas virtudes que siendo hábitos operativos buenos sostengan la vida conyugal, entre ellos cabe citar el respeto, la prudencia, la sinceridad, la generosidad, la castidad matrimonial, la fortaleza, etc.

Como afirma Natalia López Moratalla, “las ciencias de la vida aportan un conocimiento valioso acerca de la diferencia de la aportación materna y paterna en la concepción y desarrollo del hijo, y en la implicación de los cuerpos de ambos. La dirección desde y en del donarse del uno y de la otra define lo específico de la masculinidad y de la feminidad en la transmisión personal de la vida humana”¹².

Y como con la transmisión de la vida no acaba todo, sino que empieza, hay que cuidar de esa donación, porque de esa reciprocidad y complementariedad se benefician poco o mucho los hijos. Es un requerimiento que si bien es no sólo biológico, lo incluye.

Así, cabe otro aporte de acuerdo con la neurociencia teniendo en cuenta el desarrollo neurológico y la maduración biopsíquica de los hijos. Así siendo necesaria la presencia y ayuda de los dos cónyuges, cuando los hijos están en la primera infancia requieren de manera especial del contacto con la madre. Luego, cuando van creciendo, el desarrollo del hemisferio izquierdo, tanto en niños como en niñas, lo puede trabajar en paralelo más fácilmente el padre que la madre. Para la forma de entender o razonar, más racional que intuitiva o emocional, es importante el padre.

Los hijos necesitan de ambos padres para su desarrollo armónico. Por tanto, las riñas entre los cónyuges (en especial la riña definitiva que es el divorcio) afectan directamente a la normalidad afectiva de los hijos, especialmente cuando son niños y adolescentes. En esas edades un hijo percibe el amor de los padres como una unidad que le da fuerza y seguridad frente a las amenazas externas y cuando ve que esa unidad se resquebraja suele experimentar inseguridad y escasa energía para afrontar los retos que la vida le va imponiendo.

Por tanto es importante lograr un ambiente familiar adecuado para la educación de los hijos. En general, en los niños las preferencias e intereses se matizan, diluyen o marcan, según el ambiente, pero en general tiene sus referencias según el sexo.

11 Ibidem. “El hombre y la mujer, creados como «unidad de los dos» en su común humanidad, están llamados a vivir una comunión de amor y, de este modo, reflejar en el mundo la comunión de amor que se da en Dios, por la que las tres Personas se aman en el íntimo misterio de la única vida divina” JUAN PABLO II, *Mulieris Dignitatem*, n. 7

12 LÓPEZ MORATALLA; Natalia. *Cerebro de mujer y cerebro de mujer*, op. cit., p. 39

A una edad temprana, el cerebro se va configurando, conformando en unas áreas y en otras de acuerdo con las hormonas que segrega; y aquí, por ejemplo, la influencia del cariño o falta de cariño desempeña un papel esencial. Esas diferencias genéticas, hormonales, ambientales le influyen grandemente. Así por ejemplo en la infancia y niñez se está formando el hemisferio derecho y si en él no hay comunicación 'empática' se le quedará raquítica en el futuro si no le cubre la vida esa deficiencia de cariño en la primera infancia.

Pero también los hijos necesitan del padre. Ellos requieren de la ternura de la madre, de su acogida, del consuelo de su amor incondicionado, pero también requieren de la personalidad masculina, de su objetividad, de su afán de logro, de enfrentarse a retos y desafíos. Así, una de las actividades típicamente masculinas es la del juego, en la que los hijos aprenden a ganar y a perder con igual ánimo, sin venirse abajo si pierden, aprenden a enfrentarse con reglas y retos. Por ello cuando a los hijos les falta el padre (o su presencia y trato), corren el riesgo de hacerse demasiado sobre protegidos, asustadizos frente al futuro.

En definitiva, varón y mujer aportan a la vida matrimonial, a la vida familiar y al desarrollo de la cultura. "En su reciprocidad esponsal y fecunda, en su común tarea de dominar y someter la tierra, la mujer y el hombre no reflejan una igualdad estática y uniforme, y ni siquiera una diferencia abismal e inexorablemente conflictiva: su relación más natural, de acuerdo con el designio de Dios, es la «*unidad de los dos*», o sea una «*unidad*» relacional, que permite a cada uno sentir la relación interpersonal y recíproca como un don enriquecedor y responsabilizante"¹³.

Conclusión

Hemos esbozado la unidad de la vida humana desde su concepción hasta su desarrollo teniendo en cuenta los diferentes aportes de las diferencias tipológicas, que ha puesto de relieve la neurociencia ya que el cerebro es presupuesto necesario para la manifestación de la peculiaridad humana, lo cual encuentra en la vida matrimonial unos requerimientos y características propias que basadas en el don personal y sincero de sí mismos en el amor conyugal se extienden a la paternidad y maternidad en la gran tarea de la educación de los hijos.

Bibliografía

- ARISTÓTELES; *Acerca del alma*. Gredos, Madrid, 1999
- BENEDICTO XVI, "Discurso a Congreso Internacional para conmemorar el XX aniversario de la carta apostólica *Mulieris Dignitatem*" 9 de febrero, 2008
- CASTILLA, Blanca, *La complementariedad varón mujer: nuevas hipótesis*, RIALP, Madrid, 2004
- JUAN PABLO II, *Mulieris Dignitatem*, 15 de agosto, 1988
- LÓPEZ MORATALLA, Natalia, *Cerebro de mujer y cerebro de varón*, RIALP, Madrid, 2007
- LÓPEZ MORATALLA, Natalia, *La comunicación materno-filial en el embarazo. El vínculo de apego*, EUNSA, Pamplona, 2008
- POLO, Leonardo, *Antropología Trascendental, I: La persona humana*, EUNSA, Pamplona, 1999
- POLO, Leonardo, *La esencia del hombre*, EUNSA, Pamplona, 2011
- SELLÉS, Juan Fernando, *Antropología para Inconformes*, EUNSA, Pamplona, 2006
- SORIA, José Luis, *Cuestiones de Medicina Pastoral*, RIALP, Madrid, 1973

¹³ JUAN PABLO II, Carta a las mujeres, op. cit.